

PLAZA MAYOR

Para Rafael Láinez Alcalá, José García-Revilla
y Luis Clavijo Cano, tan enamorados como yo
de Salamanca.

Plaza Mayor de Salamanca, anclada
en la pétreo hipérbole del sueño;
la loca fantasía de un diseño
rizos te edificó de luz dorada.

Jaula de la ilusión engalanada,
panal de sillería, eco sin dueño,
noria de vida, carrillón risueño...
Plaza Mayor para pensar labrada.

Alegre asombro brindas al viajero,
escenario sin par a estudiantina,
y crisol a la envidia y al lucero...

Plaza Mayor para soñar pensada.
Calixto y Melibea... y Celestina:
¡Plaza Mayor para el amor soñada!

Por FERNANDO BRAVO Y BRAVO

¡Qué mala suerte!

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO
(Conde de Canilleros)



QUE mala suerte!—, repetía una y otra vez el Príncipe de Asturias.

Estábamos en el jardín del Gran Casino de San Sebastián; en el que se celebraba una tómbola benéfica. La noche era hermosísima; el ambiente maravilloso. Asistían los reyes y varios de sus hijos. Un inmenso gentío selecto, llenaba el jardín y los salones de la planta baja del casino.

En el barullo de la animada fiesta, yo fui a parar junto al Príncipe, al que en otra ocasión ya me habían presentado, y con él seguí casi toda la noche. Compraba y abría con ilusión infinidad de papeletas, comprobando decepcionado que ninguna le salía premiada.

—¡Qué mala suerte!— repetía.

—En estas tómbolas le dije— ya sabe Vuestra Alteza que la proporción de premios es muy pequeña, porque lo que se trata es de reunir muchos fondos.

—Pero es que a mí no me toca nada— contestó—. Tú has sacado algunos premios. Es que tengo mala suerte.

Pensaba para mí, dándole un mayor alcance, que tenía razón. Aquel Príncipe rubio y pálido, bondadoso, de dulce y triste mirada, no había tenido suerte, pese a nacer heredero del trono histórico de un hermoso país. Desde su nacimiento, la terrible e incurable enfermedad de la hemofilia amargaba sus días y era amenaza constante de su vida. El más leve golpe, el más insignificante accidente, era causa de hemorragias, difíciles de cortar. Yo pensaba en todo esto aquella noche del quinto lustro de nuestro siglo, en el jardín del Gran Casino de San Sebastián. Y me repetía para mí su frase, con aplicación más honda y transcendente:

—¡Qué mala suerte!

Dentro de su tristeza, aquella noche estaban iluminados por una vaga alegría los claros ojos del Príncipe. La tómbola le divertía y se olvidaba de todo lo demás, centrando su ilusión en que le tocasen regalos. Era muy joven—nació el 10 de Mayo de 1907—, simpático, con buen tipo y rostro de agradables facciones, pues se parecía a su madre, la bellísima Reina doña Victoria Eugenia. Era un Príncipe de poemas y leyendas, nimbado por el halo melancólico de la tristeza.

Charlamos mucho aquella noche, a la que, cuando volvimos a vernos meses después en Madrid, aludí:

—¿Te acuerdas la mala suerte que yo tenía aquella noche en la tómbola?

Estuve con él en varias ocasiones. Casi a diario, le veía en el buen tiempo pasear por el Retiro en su coche abierto, llevando de pie en el estribo su hermoso perro lobo. Una tarde de primavera estuvimos otro buen rato charlando en el Hipódromo madrileño. Toda la Real Familia asistía aquella tarde a las carreras de caballos. En los descansos, paseaban entre el público. La Reina iba con la Duquesa de la Victoria; el Rey, con el Príncipe Pío de Saboya y el Marqués de Viana. Con mi pequeño Kodak, saqué a todos fotografías, que aún conservo.

Encontré al Príncipe de Asturias charlando con el secretario particular de su padre, don Emilio María de Torres, Marqués de Torres de Mendoza.

Por aquellos días había ocurrido un pequeño y desagradable suceso de los tantos que organizaba el socialismo. Después de comentar algo sobre este tema, Torres de Mendoza me preguntó por el estado del campo de Extremadura, en donde él tenía fincas y de donde yo había llegado. Le dije que el año no parecía malo, pero que, como siempre, los labradores se quejaban por la falta de lluvia. El Príncipe intervino, pensando otra vez en el tema del socialismo:

—Hay descontento en la gente, yo creo que sin razón, pues mi padre hace cuanto puede por todos. Creo que se irá a mejor. Mientras él reine, no ocurrirá nada, porque le quieren mucho...

Cortó la frase con un gesto triste, como si no se atreviera a continuarla con unos conceptos que yo creí captar de su pensamiento en esta forma:

—Si algo malo pasa, será durante mi reinado, porque yo soy el que tiene mala suerte.

Pero lo malo ocurrió reinando su padre. El 14 de Abril de 1931, vino la caída de la Monarquía. La Familia Real marchó de España, y no volví a ver al Príncipe. Cuando visité en el extranjero a los Reyes y a sus hijos, no coincidió que estuviera allí el primogénito.

El 14 de Junio de 1933, el Príncipe, convencido de que con su enfermedad estaba imposibilitado para realizar misiones históricas, renunció noblemente sus derechos sucesorios al trono de España, en conmovedora carta, dirigida a su padre el Rey don Alfonso XIII. Contrajo matrimonio morganático, y tampoco fue feliz. El 7 de Septiembre de 1938, vencido definitivamente por el terrible mal, en tierra extranjera, entregó su alma a Dios.

Del título de Príncipe de Asturias, creado en la lejanía de los primeros Trastamaras, para los primogénitos de los Reyes, fue el último poseedor, reinante la dinastía, este malogrado Príncipe don Alfonso de Borbón y Battemberg, que en sus últimos años, después de renunciar sus derechos, usó el título de Conde de Covadonga. Su nacimiento pareció señalar una aurora venturosa: era inteligente, simpático, bondadoso, de buena presencia... Pudo ser feliz y ocupar un puesto en la Historia. Una enfermedad lenta, permanente, implacable, lo deshizo todo. Bien pudo repetir, con mayor alcance, a lo largo de toda su vida, su frase de aquella noche en San Sebastián: «¡Qué mala suerte!»

BADAJOS Y LA CULTURA CRISTIANA DE LA EUROPA MEDIEVAL

SAN APRINGIO

¿obispo pacense...?

Por ELOY SORIANO, Pbro.

POR aquellos años lejanos e inefables de mi adolescencia, el Miércoles Santo me placía entrar en nuestro «modesto y bellísimo» templo catedralicio. Le llamo «bellísimo» porque acaso sea en España el más puro y *sobrio* espécimen de transición del románico asturiano-leonés al gótico-ojival, mejor dicho, del primer periodo.

Me gustaba penetrar en él a la caída de la tarde, casi a la hora del crepúsculo; cuando se cantaban las «Tinieblas» y el inolvidable «Campo de San Juan» se estremece todo en una gárrula algarabía de miles de pajarillos familiares encendidos en el oro pálido del sol poniente, entre un tibio y gustoso vaho primaveral de acacias, violetas y cinamomo. Entraba en la Catedral y me dirigía siempre hacia la nave del Evangelio, a la izquierda del coro, nave de Nuestra Señora de la Antigua, como se decía entonces. Me sentaba en un banco enorme, pesado, bruñado por el roce de las generaciones y del tiempo.

Me sentaba allí siempre solo... Y, aunque no comprendía el sentido de las palabras litúrgicas, al vaivén monótono de la «salmódia» imaginaba adelgazárseme el alma de una rara suavidad, mezcla de congoja y deleite, cuando—a medida que se espesaba la tenue lobreguez del templo—se iban alzando las notas lentas y expresivas del canto eclesiástico, reproduciendo la dulzura de la cálida poesía de los psalmos davidicos, el eco robusto de los apóstrofes alucinados de los profetas o el trémulo comentario lírico de las «antifonas»...

A la entrada del coro magnífico, ante la hermosa verja plateresca—regalo del insigne obispo Marín del Rodezno—oscilan las quince llamas rojas de las rituales velas amarillas sobre el triángulo simbólico del «tenebrario», y el templo todo se va llenando de desolación... Asaetó las sombras una voz solitaria de agudo timbre lancinante: «*Incipit lamentatio Jeremiae prophetae!*». «Comienza la lamentación (threnos) del profeta Jeremías»...

Un frío desapacible me cruzó la médula y me sacudió los nervios, como si dentro de mí mismo hubiese brotado un fugaz resplandor extraterreno... Involuntariamente, mis ojos se posaron en un alto venta-